

**A** principio de los años treinta del pasado siglo, James Hilton publicó una novela, *Horizontes Perdidos*, en la que recreaba una Arcadia perdida entre montañas, allá por el Tíbet, donde sus habitantes, sin ambiciones y por tanto sin rivalidades, disfrutaban de una existencia plácida, al tiempo de gozaban de una salud casi perfecta que los convertía en extremadamente longevos. Todo ello bajo la égida del Padre Perrault, Gran Lama y antes misionero, que descubrió el valle de Shangri-La, en el que vivía desde hacía más de doscientos años y cuya intención era conservar para el futuro el modo de vivir de sus gentes, más allá de la segura destrucción que el hombre del exterior se tenía autodesinada.

Valle de gentes sin prisas, sin ruidos innecesarios, con vecinos que todo lo solucionaban a base de cortesía y que, con toda sencillez, atesoraban un acendrado sentido de la trascendencia.

Ya en 1937, Frank Capra lleva a la gran pantalla esta novela, con una creo que muy cuidada versión. Es una película muy agradable de ver; sin los artificios de las modernas producciones, transmite perfectamente su mensaje y usa una estética, en mi opinión, irreprochable.

Pero, por suerte o por desgracia, la realidad dista mucho de la convivencia casi angelical de Shangri-La. Ni los *Horizontes Perdidos* de Hilton, ni la *Utopía* de Tomás Moro, ni los ideales de *Don Quijote*, pasan de ser viejos anhelos inalcanzables, aunque Horacio y Fray Luis de León nos orientan dónde puede estar la felicidad. Tomás de Kempis nos da, también, alguna pista: «He buscado el sosiego en todas partes, y sólo lo he encontrado sentado en un rincón apartado, con un libro entre las manos». Irremediablemente, fuera de la Literatura asoma, implacable, la vida cotidiana.

La realidad es que vivimos en una sociedad competitiva, trufada de prisas y rivalidades, de afanes que se ahogan y de seres fantasmagóricos encadenados a sus limitaciones que arrastran con frecuencia frustraciones y desesperanza. Pero esto es lo que hay. Esto es la civilización. Bello invento, por lo demás, aunque, según Voltaire, esta no elimina la barbarie, sino que la perfecciona. Tesis que casi comparto.

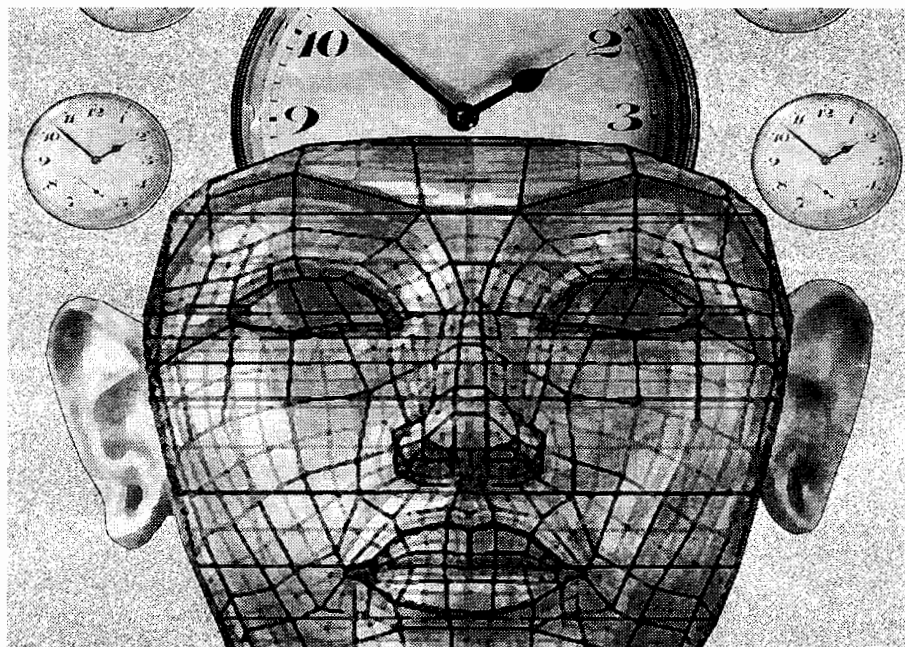
Supongo que siempre se podrá hacer algo por mejorar, por ejemplo en la vida cotidiana de relación en nuestras ciudades, tema que me apasiona y me preocupa, pues observo, como tantos vecinos, un deterioro peligroso.

En efecto, en unos años hemos pasado de una vida social tutelada, hasta vigilada, a una toma de las calles por la libertad, al socaire de nuestra joven democracia. Aire fresco y necesario, aunque el problema es que algunos se aferran tanto al cuello de la tan ansiada libertad, que

# Shangri-La

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

«El Tíbet queda lejos. A los incivilizados los tenemos en la puerta de casa. con sus patentes de curso en permanente exhibición»



casi la asfixian. Y asfixiarla es provocar angustia en los derechos de los demás.

Creo que este afán del todo vale acabará autofastidiando al que lo practique. Pero, entre tanto, sufren los demás: si tengo un perrito, no me importa que ladre a deshoras o que ensucie las aceras. Si lo mío es la moto, el ruido y la temeridad son señas de virilidad o de no sé qué poderío que hay que hacer patente. Si soy usuario de las cuatro ruedas, no me importa estacionar, aunque estorbe.

Somos vociferantes y no nos causa el menor rubor ¿conversar? por las calles a voz en grito, entreteniéndolo con nuestra plática al vecindario. Tampoco encontramos reparo en utilizar la mejor de las papeleras disponibles, el sufrido suelo.

La disciplina de la urbanidad nos resbala. El tuteo de jóvenes imberbes a personas de cierta o mucha edad está a la orden del día. En los colegios el ambiente se enrarece por momentos: muchos derechos, pocos deberes y menos ganas. Mezcla explosiva, que provoca las quejas de innumerables docentes.

El gongoriano ande yo caliente parece que se ha elevado a ideal supremo, sin ningún tipo de freno. Los pueblos, las ciudades, están saturados de gentes que hacen lo que les viene en gana, mientras otros tantos, ciudadanos normales y respetuosos, se quedan con un palmo de narices; entre tanto, algunas autoridades impo-

tentes no saben qué será más impopular, si mirar para otro lado o llamar al Séptimo de Caballería.

Aquí faltan educación, urbanidad y una cierta disciplina de la convivencia. La democracia, la libertad, no están reñidas con el respeto. Antes bien, deben asentarse en él. Mientras tanto, son muchos los vecinos (los escucho a diario) que **tienen a pensar, creo que erróneamente, que estos inconvenientes a los que nos referimos se acabarían utilizando métodos de épocas felizmente preteritas.**

No estoy de acuerdo. Shangri-La no existe. No ha existido nunca. Y desde luego, la represión pura no ayuda a construirlo. Shangri-La es respeto, pero también pura utopía. En nuestras ciudades, a lo que debemos aspirar es a promover actitudes respetuosas, cuestión que a todos nos compete, empezando por las familias, continuando por el sistema educativo y, por fin, con el trabajo serio de las autoridades que, por cierto, tienen que intervenir cuando todo falla, pero también antes, por ejemplo, dotando de medios a los docentes que les permitan corregir lo que, hoy por hoy, pudiera parecer incorregible. El Tíbet queda lejos. A los incivilizados los tenemos en la puerta de casa, con sus patentes de curso en permanente exhibición.

■ JUAN C. FERNÁNDEZ es concejal en Zafrá

Los c  
y las

**C**...  
de  
horteradas  
todo es que  
la cabeza de  
no. Se como  
y, hala, para  
sale una car  
(a lo mejor)  
ta la palestr  
bre, que nac  
da. «Nos tro  
mos», le res  
barbacoa. Y  
Cuando qu  
fe ya había  
tos, once q  
árboles del  
de los años  
veré a mite  
ques, tal que  
que, que a  
mos perdido  
niños en la  
no de An  
teras de la

Más de u  
dando del P  
por el mien  
aque, que  
se hundido  
durá que la  
...  
**los med**  
hay un camp  
no me los n  
los medios  
tándose a  
las toman E  
pa del tema  
Algunos sin

En un an  
llevaba un  
mío por rub  
llegaba la  
diaciones d  
un balón  
a sofocar el  
Sancho que  
interés en a  
amo del ter  
suyo, y a mi

Me había  
a escribir s  
cadáveres  
estarme qu  
si es que es  
más a un an  
que lo que